

ENCUENTRO 2: “¿Qué nombre le pondremos?” Decían un día mis padres.

Hola jóvenes: la semana pasada en nuestro primer encuentro reflexionábamos sobre nuestro comienzo.

Recordamos personas, lugares, situaciones... que nos marcaron profundamente. Nos miramos con verdad y supimos ser agradecidos por lo que somos, aún cuando sabemos que todavía “nuestro pedazo de leño” necesita ser trabajado y tallado.

En este segundo tema queremos invitarte a reflexionar sobre la familia, sobre tu familia, y de modo especial sobre la relación con tus padres. Aquellos que por primera vez te han llamado por tu nombre y a quienes tienes también que agradecerle lo que hoy eres.



Tan pronto como entró en su casa, Geppetto tomó las herramientas y se puso a tallar y fabricar su muñeco. —¿Qué nombre le pondré? —se decía—. Le llamaré Pinocho.



“Entonces el hombre exclamó: esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer porque del varón ha sido tomada” (Gn 2,22b-23).

“Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16,17-18a).



Dar nombre, significa de alguna manera profundizar, conocer íntimamente, participar en la vida del otro. El tema del nombre es tan importante en la mentalidad judía que propiamente el segundo de los mandamientos es este: “No tomarás el nombre de Dios en vano”. El nombre encierra todo el sentido de la existencia, en él se engloba lo que otros han pensado para nosotros y también lo que nosotros hemos pensado hacer. Por nuestros nombres se nos recordará, porque ellos encarnan una historia única y original. De hecho, nuestra vida cristiana inicia con una llamada por nuestro propio nombre: “Luis, Ángela... yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

Nuestro **nombre** tiene la necesidad de ser pronunciado por alguien, y de ser pronunciado bien. Ante la llamada que se nos hacía en la escuela según la lista, respondíamos: ¡presente! Y es porque eso enciende toda nuestra vida como un interruptor hace con la luz. No se puede responder a nuestro nombre por hábito o por rutina, porque ninguno de nosotros está vivo ni rutina ni hábito, sino por inquietud. Por tanto, todos, desde la mañana a la noche, luchamos porque nuestro nombre venga pronunciado como se debe. Lo buscamos por todas partes: en una relación, en una amistad, en una noticia, en una pasión... incluso en una tumba. El nombre nos hace ser un poco menos mortales, y esta es la verdadera lucha por la supervivencia, ser Yo esté donde esté, con mi propio nombre y con mi propia historia, porque detrás de cada nombre, siempre hay una historia.

Decir el nombre significa que conozco al otro; Dar el nombre significa que alguien tiene autoridad sobre aquel que nombra y por tanto, dependemos de quien nos nombra. No somos autónomos ni independientes, sino que le pertenecemos a otros: a Dios y a nuestros padres. Ellos son quienes nos han nombrado.



Escribe tu nombre y míralo cuidadosamente. Luego pregúntate: ¿Qué significa este nombre para mí? ¿Qué sé realmente sobre mí? ¿Qué saben realmente los otros sobre de mí? ¿Tengo a alguien que me conoce lo suficiente?

Te invitaría a que publiques en el grupo tu nombre con un breve definición, no como te ven los demás o como tú quieres que el resto te vea, sino con aquella definición que nace de ti mismo.



Cuando hubo elegido el nombre de su muñeco empezó a trabajar de prisa y le hizo en seguida el pelo, después la frente, luego los ojos... después de los ojos, le hizo la nariz; pero ésta, tan pronto estuvo hecha, empezó a crecer y creció y en pocos minutos era un narizón que no acababa nunca... Después de la nariz le hizo la boca... Tras la boca, le hizo la barbilla, luego el cuello, los hombros, el estómago, los brazos y las manos. Apenas acabó con las manos, Geppetto sintió que le quitaban la peluca. Se volvió y, ¿qué vieron sus ojos? Su peluca amarilla en manos del muñeco.

—Pinocho... ¡Devuélveme ahora mismo mi peluca! Y Pinocho, en vez de devolvérsela, se la puso en su propia cabeza, quedándose medio ahogado debajo. Ante aquella manera de ser insolente y burlona, Geppetto se puso tan triste y melancólico como no había estado en su vida. Y, volviéndose a Pinocho, le dijo:

—¡Hijo pícaro! ¡Todavía estás a medio hacer y ya empiezas a faltarle el respeto a tu padre! ¡Eso está muy mal!



“Dios vio que la maldad del hombre en la tierra era grande y que todos sus pensamientos tendían siempre al mal. Se arrepintió pues de haber creado al hombre y se afligió su corazón” (Gn 6,5-6).



En este fragmento vemos cómo va creciendo la historia. El hombre, apenas formándose, apenas recibiendo la vida de Dios, se rebela contra su propio Creador. El pecado se torna más fuerte y nuestra presunción de que podemos ser suficientes va haciéndose más radical en nuestro interior, nuestra autosuficiencia nos vuelve rebeldes contra quienes nos han amado.

Y es que la vida de cada joven pasa por estos momentos de crisis, sobre todo con aquellos que constituyen su amor más grande: los padres. Cuando se atravieza la etapa de la adolescencia es normal tener aquellos encontronazos dentro casa a causa de un permiso, de una salida, de algo que se quiere comprar... Pero hay momentos y momentos; hay discusiones y discusiones. Y es que cuando el tiempo pasa y nos volvemos más adultos, es justo y necesario responder como tal vez queremos que nos traten: como adultos. No se puede vivir en un cuerpo de joven con una mentalidad de adolescente; como no se pueden tomar las decisiones serias de la vida como las tomaría un niño.

¿En cuántas ocasiones no nos hemos enfrentado a nuestros padres porque queremos llevar a cabo nuestra capricho, nuestros gustos? ¿En cuántas otras no hemos actuado con la simple y única motivación de irles en contra? Es verdad que a veces podemos tener un cierto grado de razón (pero esto será una meditación sucesiva). Por ahora, basta que mires con verdad y realidad la relación con tus padres, con tu familia.



¿Cómo es la relación con tus padres? ¿Cómo los tratas? ¿Debes de pedirles perdón por alguna de tus actitudes? Te invitaría a compartir en el grupo alguna experiencia que ilumine al resto de los jóvenes sobre esta parte del tema.



Pinocho tenía las piernas torpes y no sabía moverse, y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle a poner un pie detrás del otro. Muy pronto, Pinocho empezó a andar solo y a correr por la habitación, hasta que, cruzando la puerta de la casa, saltó a la calle y se dio a la fuga. El pobre Geppetto corría tras él sin poder alcanzarlo, porque el granuja de Pinocho andaba a saltos, como una liebre, golpeando con sus pies de madera el pavimento de la calle.



“Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo al padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde. Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó sus bienes viviendo como un libertino” (Lc 15,11-13).



La rebeldía que causa el pecado desemboca siempre en una fuga. El pecador huye, se va, escapa, no enfrenta las consecuencias de sus pecados. Escapar de las comodidades del hogar familiar y el problema de la libertad aquí se presentan. Y es que identificamos la libertad como no tener que depender de nadie, de hacer lo que queramos, de no dar cuentas. Pero pensando en esto: ¿realmente lo creemos? ¿realmente creo que no necesito de nadie, que puedo hacer lo que quiera, cuando quiera y cómo quiera? La rebeldía es un signo de inmadurez, es dejar de mirar con objetividad el futuro y la vida para entregarse en manos de una pasión pasajera, de un placer momentáneo, de una relación que desde el inicio está destinada al fracaso. La rebeldía y la huida, en muchas ocasiones, no son más que la vía de escape de aquellos que te han dicho la verdad y cuesta aceptarla.

También este fragmento puede ser leído en su versión positiva: necesariamente no tenemos que salir de nuestra casa por problemas, sino que también es justo salir de ella buscando un proyecto para vivir. La propia palabra de Dios nos lo recuerda: *“Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne”* (Gen 2,24). No se trata de salir del hogar por rebeldía, sino de salir para la realización de un proyecto que va más allá de los lazos familiares. El irse de casa, sea por el motivo que sea, comporta siempre una ruptura. Ambas partes, padres e hijo, sienten la sensación de que algo cambia y de que no habrá marcha atrás. Los más viejos porque les cuesta aceptar que sus hijos ya han crecido y que necesitan salir del nido; lo más jóvenes, sienten la preocupación de dejarlos solos. En los primeros se mantiene el sano egoísmo de querer tener siempre al lado a los hijos queridos, como sus seguridades de vida; en los segundos, aún cuando pesa el dolor de la separación, renace la maravilla de abrirse camino por el mundo en búsqueda de lo que realmente será su realización: una carrera lejos, el Seminario, el matrimonio, otro país...



¿Con cuál de estas dos versiones te identificas: una huida por rebeldía o una salida en busca de un proyecto?

Te invitaría a compartir tu experiencia en caso de que hayas vivido una de ellas.